

EDUARDO ROSALES

El autor de *El testamento de Isabel II*, es un artista hispano que comienza a considerarse como un gran maestro. En la historia del arte son frecuentes estas resurrecciones. En realidad el descubrimiento es ya lejano en el tiempo. Lo hizo Eugenio d'Ors cuando al visitar el Museo de Arte Moderno de Madrid tuvo ante los ojos el notable cuadro *La muerte de Lucrecia*, al que dedicó uno de los mejores capítulos en aquel inolvidable *Mi Salón de Otoño*.

Poco a poco Rosales gana adeptos. Muerto prematuramente a los treinta y siete años, en 1873, aparece hoy junto a Fortuny y a Lucas, como una de las pocas figuras de ese siglo paupérrimo del arte español que tiene igualmente en sus comienzos como genialísima excepción al Goya de las *pinturas negras* y de las litografías.

Esta monografía ha sido escrita por Gregorio Prieto y si el texto es mediocre y escasamente interesante, se orna con setenta y tres grabados en negro. Suficientes en cierto modo para comprender la grandeza del artista.

Su arte es melancólico y, a la vez, profundo, recio, lleno de un vigor que se apoya en la mejor tradición velazqueña. No en aquella que toma lo superficial, sino la que asimila y re-crea en una norma de originales conceptos.

<https://doi.org/10.29393/At333-30THAR10030>

TRES HORAS EN EL MUSEO DEL PRADO

Hablábamos de pasada en la nota anterior de Eugenio d'Ors. He aquí un libro que le pertenece. Tal vez, su mejor palabra crítica. No es, como saben los lectores, una obra reciente. Pero el famoso itinerario estético de la galería matritense ha hecho larga fortuna. El ejemplar que comentamos pertenece a la edición número catorce. Ha sido editado por Aguilar para su famosa "Colección Miniatura" de Navidad 1952.

No parece, pues, impertinente dedicarle unas líneas.

Eugenio d'Ors plantea en él una famosa teoría enunciada por Adolfo Hildebrand hace bastantes años. Esta teoría es la de la oscilación de las artes. Estudiando Hildebrand el problema de las formas veía en las obras figurativas, de un lado, el valor arquitectural; de otro, un valor funcional. Lo geométrico de una parte, lo musical de la otra.

El sistema dorsiano se limita a considerar los cuadros de la pinacoteca madrileña a través de ese prisma. Y muchos conceptos poco lúcidos se aclaran. Coloca el crítico en su gradación, partiendo desde lo táctil o geométrico o espacial, la pintura de Poussin, y avanza hacia lo expresivo y barroco que sitúa en Goya, punto extremo de esa línea que tiene en el centro equidistante de ambos extremos a Velázquez, al que llama "mediodía de la pintura".

Algunos juicios son muy justos: "Como Beethoven, Rafael pasma a la vez al avisado y al ingenuo". "Este personaje —se refiere a *Las Hilanderas* de Velázquez— se llama "el ambiente". En ello el sevillano anticipa el romanticismo.

Eugenio d'Ors hace en su libro crítica formal a lo Riegl, pero la completa con una penetración en la que él llama "crítica del sentido"; es decir, la que tiene en cuenta las coordenadas ineludibles de la cultura.

LA PEINTURE ITALIENNE

Más que un libro, un verdadero museo. La metodología de las artes está experimentando una verdadera revolución. La trascendencia de tal cambio se advierte con un simple cotejo de las obras ahora editadas con las salidas de las prensas en las primeras décadas del siglo.

Lionello Venturi, uno de los más sagaces y profundos conocedores de los problemas de la historia del arte realiza aquí una síntesis apretada y magistral de las corrientes diversas de la pintura